

PONTIFICIA
ACADEMIA
DE LAS CIENCIAS

EXTRA SERIES

22

LOS LÍRIOS DEL CAMPO Y LOS PÁJAROS DEL CIELO



PREMIO NERUDA 2004

Embajada de Chile ante la Santa Sede

S. EXC. MARCELO SÁNCHEZ SORONDO

Obispo canciller de la Pontificia Academia de las Ciencias



CIUDAD
DEL VATICANO
2004

PONTIFICIA ACADEMIA SCIENTIARVM

EXTRA SERIES 22

LOS LÍRIOS DEL CAMPO Y LOS PÁJAROS DEL CIELO

PREMIO NERUDA 2004

Embajada de Chile ante la Santa Sede

S. Exc. Marcelo Sánchez Sorondo

Obispo canciller de la Pontificia Academia de las Ciencias



CIUDAD DEL VATICANO
2004

LOS LÍRIOS DEL CAMPO Y LOS PÁJAROS DEL CIELO

PREMIO NERUDA 2004

Embajada de Chile ante la Santa Sede

Gracias y perdón. Gracias al querido Embajador, Profesor Máximo Pacheco Gómez, a su Señora, Mercedes Ignacia Pérez, al Gobierno de Chile, el país hermano, y a todos los presentes, por honorarme con esta medalla que es realmente una gracia en el sentido genuino de algo gratuito, dado por amistad más que por mérito. Perdón por mi osadía de abordar aunque brevemente un tema en el que no soy especialista. Ojalá tuviera el hondo conocimiento de la obra de Neruda que hizo posible los estudios y testimonios de muchos de los 102 premiados conmigo. No pretendo ofrecer una interpretación nueva del mensaje cifrado en la obra del poeta, ni estudiar sus procedimientos estilísticos, ni analizar los criterios que presidieron la continúa reelaboración de sus temas. Sólo intento poner de relieve algo de lo que en ellos creo permanentemente válido, y cumplir así mi deber de gratitud. No tuve trato con Pablo Neruda, ni siquiera lo conocí personalmente, como en vez conocí a otro grande, mi con-nacional Borges. Pero su poesía se cruzo conmigo desde que leí en el colegio su *Canto general*. He recibido su legado sin ser poeta ni investigador de sus creaciones, y quiero dar testimonio de ello como uno de tantos que han sentido el chispazo de la inmensa obra nerudiana.

Es Neftali Ricardo Reyes Basalto (1904-1973), que lleva el pseudónimo de Pablo Neruda, un hombre que viene de las profundidades de América, un criollo tal vez con alguna gota de sangre o cromosoma araucano, hijo de un ferrocarrilero y de una mujer que muere dejando al niño de tres meses. El padre lo toma, monta a caballo y huye con él por la montaña y el cubil, buscando un poco de leche. Ese niño es un poeta nato, que además se forma en los grandes textos de la literatura universal, especialmente española. Llama la atención su referencia continúa a Quevedo, que junto con Cervantes son los grandes maestros de la lengua castellana. Así aconseja en su testamento a los jóvenes poetas:

Que amen como yo amé mi Manrique, mi Góngora,
mi Garcilaso, mi Quevedo:
fueron
titánicos guardianes, armaduras

de platino y nevada transparencia,
que me enseñaron el rigor (*Canto general*, final)

¿Cuál poesía trae este poeta, qué es lo que dice, en dónde reside el secreto de su contagiosa electricidad y de su volcánica actividad? El problema o tema de la poesía de Pablo Neruda es el de América vista desde el cono sur en el conjunto de un mundo cada vez más globalizado. Ya en una de sus primeras obras *La canción de la fiesta* (1921) canta América desde este punto de vista como

toda rodeada de agua combatiente
y nieve combatida,

...

sola, en la inmensidad de América dormida.
Es el milagro del Sur. Porque el Sur
es un caballo echado a pique,
coronado con lentos árboles y rocío,
cuando levanta el verde hocico caen las gotas,
y en su intestino crece el carbón venerado.

En este sentido, es muy bello también el inicio de su *Discurso de Estocolmo* con ocasión de recibir el premio Nobel:

Mi discurso será una larga travesía, un viaje mío por regiones lejanas y antípodas, no por eso menos semejantes al paisaje y a las soledades del norte. Hablo del extremo sur de mi país. Tanto y tanto nos alejamos los chilenos hasta tocar con nuestros límites el Polo Sur, que nos parecemos a la geografía de Suecia, que roza con su cabeza el norte nevado del planeta.

Empezando por la riqueza de su tierra, de su aire, de sus cielos, de su fuego, el agua, los ríos y los océanos, pasando por las montañas, la cordillera de los Andes, los minerales, los vegetales, los animales terrestres y celestes que la pueblan, llega a describir el ser humano americano, hombre y mujer, con propia historia y vocación, como surgido de esa naturaleza potente y original.

El mar así es una “copa acumulada de todo movimiento”, unidad que no ha sellado la muerte. El mar “colma la curvatura del silencio”. Frente a este universo en libertad, que tiene y guarda el origen de las especies, se levanta la tierra, que es límites castigo y forma; es decir, prisión. “La tierra hizo del hombre su castigo”, pero además, y escrito en un verso estremecedor, “escudriñó los huevos de la muerte”.

Pero el mar también es padre que nos debe dar el pescado de cada día:

PADRE MAR, ya sabemos
cómo te llamas, todas
las gaviotas reparten
tu nombre en las arenas:
ahora, pórtate bien,
no sacudas tus crines,
no amenaces a nadie,
no rompas contra el cielo
tu bella dentadura,
déjate por un rato
de gloriosas historias,
danos a cada hombre,
a cada
mujer y a cada niño,
un pez grande o pequeño
cada día.
Sal por todas las calles
del mundo
a repartir pescado
y entonces
grita,
grita
para que te oigan todos
los pobres que trabajan
y digan,
asomando a la boca
de la mina:
“Ahí viene el viejo mar
repartiendo pescado”.
Y volverán abajo,
a las tinieblas,
sonriendo, y por las calles
y los bosques
sonreirán los hombres
y la tierra
con sonrisa marina.
Pero
si no lo quieres,
si no te da la gana,
espérate,
espéranos,
lo vamos a pensar,

vamos en primer término
a arreglar los asuntos
humanos,
los más grandes primero,
todos los otros después,
y entonces
entraremos en ti,
cortaremos las olas
con cuchillo de fuego,
en un caballo eléctrico
saltaremos la espuma,
cantando
nos hundiremos
hasta tocar el fondo
de tus entrañas,
un hilo atómico
guardará tu cintura,
plantaremos
en tu jardín profundo
plantas
de cemento y acero,
te amarraremos
pies y manos,
los hombres por tu piel
pasearán escupiendo,
sacándote racimos,
construyéndote arneses,
montándote y domándote
dominándote el alma.
Pero eso será cuando
los hombres
hayamos arreglado
nuestro problema,
el grande,
el gran problema.
Todo lo arreglaremos
poco a poco:
te obligaremos, mar,
te obligaremos, tierra,
a hacer milagros,
porque en nosotros mismos,
en la lucha,
está el pez,
está el pan,
está el milagro (*Oda al mar*).

No sólo el mar, sino también el firmamento es cantado por Neruda. En *Tentativa del hombre infinito* (1925) dice de esos cielos tan increíblemente bellos de nuestro hemisferio, donde solemos ver una cruz escrita con las estrellas que llamamos del sur:

OH los silencios campesinos claveteados de estrellas...
... los peces movibles como tijeras...

Se puede añadir el verso de una de sus últimas obras:

EL CIELO

suculento
no sólo tuvo nubes,
no sólo espacio con olor a oxígeno,
sino una piedra terrestre
aquí y allá, brillando,
convertida en paloma,
convertida en campana,
en magnitud, en viento
penetrante:
en fosfórica flecha, en sal del cielo (*Las piedras del cielo*, 1).

Tiene algo de la ciencia contemporánea al mismo tiempo que de profundamente bíblico, el pensamiento de Neruda según el cual el hombre americano surge del universo, de esa tierra, de ese mar y de ese cielo:

COMO la copa de la arcilla era
la raza mineral, el hombre
hecho de piedras y de atmósfera,
limpio como los cántaros, sonoro.
La luna amasó a los caribes,
extrajo oxígeno sagrado,
machacó flores y raíces.

...

Era el Sur un asombro dorado.
Las altas soledades
de Macchu Picchu en la puerta del cielo
estaban llenas de aceites y cantos,
el hombre había roto las moradas
de grandes aves en la altura,
y en el nuevo dominio entre las cumbres
el labrador tocaba la semilla
con sus dedos heridos por la nieve.

...

Cruza el cóndor su vuelo negro.
No hay nadie. Escuchas? Es el paso
del puma en el aire y las hojas.

No hay nadie. Escucha. Escucha el árbol,
escucha el árbol araucano.
No hay nadie. Mira las piedras.
Mira las piedras de Arauco.
No hay nadie, sólo son los árboles.
Sólo son las piedras, Arauco.

...

ALLÍ germinaban los toquis.
De aquellas negras humedades,
de aquella lluvia fermentada
en la copa de los volcanes
salieron los pechos augustos,
las claras flechas vegetales,
los dientes de piedra salvaje,
los pies de estaca inapelable,
la glacial unidad del agua.

Arauco fue un útero frío,
hecho de heridas, machacado
por el ultraje, concebido
entre las ásperas espinas,
arañado en los ventisqueros,
protegido por las serpientes.

Así la tierra extrajo al hombre.

Creció como una fortaleza.
Nació de la sangre agredida.
Amontonó su cabellera
como un pequeño puma rojo
y los ojos de piedra dura
brillaban desde la materia
como fulgores implacables
salidos de la cacería (*Canto general*, "Los hombres").

Desde el hombre americano el poeta quiere interpretar el destino del ser humano de un modo concreto con el estilo profético de Isaías. Se compromete por un futuro de justicia y de libertad, desde la injusticia centenaria que sufre el sur. Como Rubén Darío, quizá participando de la misma

idea pero con diferente actitud, ya que el uno apunta al simple sueño y el otro a la realidad de la praxis, a la simple justicia en la tierra, Pablo Neruda escribe en *España en el corazón* (1938):

PREGUNTARÉIS: ¿Y dónde están las lilas?
 ¿Y la metafísica cubierta de amapolas?
 ¿Y la lluvia que a menudo golpeaba
 sus palabras llenándolas
 de agujeros y de pájaros?
 Os voy a contar lo que me pasa.

Y cuenta su barrio de Madrid, con árboles y campanas. Allí, en ese barrio, su casa era llamada:

la casa de las flores, porque por todas partes
 estallaban geranios.

Recuerda a sus amigos de entonces, algunos de la llamada generación del 27, Federico García Lorca, Rafael Alberti, que son también coparticipes de sus ideas y luchas... Y una mañana, el poeta, sencillamente, abandona “la metafísica cubierta de amapolas” y entra en una poética de la acción superrealista y popular, capaz de llegar a todos, denunciando los males sociales con tono de profecía bíblica más que de simple poesía. Cuando se leen las palabras de condena de la hipocresía, no recordamos a Víctor Hugo en el *Castigo*, que parece algo retórico, sino a los profetas:

CHACALES maldecidos por los chacales,
 víboras odiadas por las víboras,
 piedras a quienes escupen las lampazas.

Sin duda es sobretodo en el *Canto general* (1950), la obra más poética y más política de los libros de Neruda, que asemeja al mural épico de Diego Rivera en la escalinata del Palacio Nacional de México (que hemos tenido el gusto de admirar en nuestro reciente viaje a Ciudad de México), donde nuestro autor propone una nueva interpretación de la historia de América a la luz de los conceptos de justicia y libertad. Luego de una primera parte cosmogónica que describe la vegetación, los metales y los ríos, viene la conquista con “Los caballeros de Colón”. Allí se les dice que “Cortés no tiene pueblo, es rayo frío, corazón muerto en la armadura”. También que Alvarado viene “con garras y cuchillos” sobre Guatemala.

Lo difícil de perdonar es que ellos “cayeron como lobos y quemaron las obras completas del maya”. Se enumeran con esfuerzo de fantasía esos libros, cuya pérdida no fue menos irreparable que la de la biblioteca de Alejandría. Estos son los títulos que se imaginan para los escritos mayas: “el temblor del río”, “la ciencia del polen”, “la ira de los Dioses del Envoltorio”, “las migraciones a través de los primeros universos”, “el secreto del ave verde”, “el idioma de las estrellas”. La conquista termina con el canto *A pesar de la ira*, en el que se cuenta cómo, por encima de las injusticias y crímenes, vinieron a nuestra América las ideas y la capacidad industrial del renacimiento, particularmente italiano.

Así *La luz vino a pesar de los puñales* y de los incendios, y en ella, implícitos, *Los Libertadores*. De ese árbol de la libertad anunciado por primera vez por Jesucristo, crucificado de nuevo en la tierra nueva, multiplicado en tantos troncos ilustres, se desprenden los santos y los libertadores. Y el primero que llega es Cuauhtémoc. Neruda le llama “joven hermano”, estableciendo fraternidad con el “joven abuelo” del autor de *La Suave Patria*, Ramón López Velarde. Y así comienza:

JOVEN hermano, hace ya tiempo y tiempo
 nunca dormido, nunca consolado,
 joven estremecido en las tinieblas
 metálicas de México, en tu mano
 recibo el don de tu patria desnuda.

Fray Bartolomé de las Casas, con el implacable “pan de su dulzura”, es celebrado al lado de los libertadores de la espada. El “padre blanco”, en esta sucesión de hogueras, destaca su perfil de mensajero de la libertad y de la dignidad del hombre, hasta llegar a Lautaro. En esta parte la poesía de Neruda evidencia su amor.

LAUTARO era una flecha delgada.
 Elástico y azul fue nuestro padre.
 Fue su primera edad sólo silencio.
 Su adolescencia fue dominio.
 Su juventud fue un viento dirigido.
 Se preparó como una larga lanza.
 Acostumbró los pies en las cascadas.
 Educó la cabeza en las espinas.
 Ejecutó las pruebas del guanaco.
 Vivió en las madrigueras de la nieve.

Es particularmente impresionante el poema que lleva por título *La educación del cacique*. Tal muestra esa cultura profunda, en dialéctica con la naturaleza, del habitante precolombino: “Acechó la comida de las águilas”, “arañó los secretos del peñasco”, “entretuvo los pétalos del fuego”, “leyó las agresiones de la noche”.

ACECHÓ la comida de las águilas.
 Arañó los secretos del peñasco.
 Entretuvo los pétalos del fuego.
 Se amamantó de primavera fría.
 Se quemó en las gargantas infernales.
 Fue cazador entre las aves crueles.
 Se tiñeron sus manos de victorias.
 Leyó las agresiones de la noche.
 Sostuvo los derrumbes del azufre.
 Se hizo velocidad, luz repentina.
 Tomó las lentitudes del otoño.
 Trabajó en las guaridas invisibles.
 Durmió en las sábanas del ventisquero.
 Igualó la conducta de las flechas.
 Bebió la sangre agreste en los caminos.
 Arrebató el tesoro de las olas.
 Se hizo amenaza como un dios sombrío.
 Comió en cada cocina de su pueblo.
 Aprendió el alfabeto del relámpago.
 Olfateó las cenizas esparcidas.
 Envolvió el corazón con pieles negras.
 Descifró el espiral hilo del humo.
 Se construyó de fibras taciturnas.
 Se aceitó como el alma de la oliva.
 Se hizo cristal de transparencia dura.
 Estudió para viento huracanado.
 Se combatió hasta apagar la sangre.
 Sólo entonces fue digno de su pueblo.

Hay enseguida en el *Canto general* un intermedio que cierra la América conquistada y abre la colonia con todo su cortejo de pícaros y de santos, más los primeros que los segundos. Entonces “llegó la ley al mundo de los ríos y vino el mercader con su bolsita”. En esta galería desfilan Bernardo O’Higgins, San Martín, Mina, Miranda, José Miguel Carrera, Manuel Rodríguez, Bolívar (en la entrevista con San Martín en

Guayaquil, 1822); Sucre, Toussaint L'Ouverture (Haití), Morazán (Centroamérica), Juárez, Lincoln, Martí; Balmaceda, de Chile, Emiliano Zapata, Sandino, Recabarren, Prestes, del Brasil... Se cierra con *Llegará el día*, un canto de confianza en el porvenir del mundo americano, fecundado con la sangre y el ejemplo de sus santos y héroes.

Pero hay además una invocación a los Estados Unidos de América para lograr la paz en el mundo, muy conmovedora y actual. El primer poema que se escribió al gran país del norte en nombre de las razas latinas, fue, como se sabe, el canto *A Roosevelt*, de Rubén Darío, incluido en los *Cantos de vida y esperanza* (1905). Fue la primera poesía antiimperialista del continente nuevo, la primera abiertamente política que se producía en Latinoamérica. Neruda tendría entonces cuatro o cinco años, como lo dijo, sin sospecharlo, el propio Rubén Darío en su poema:

Apenas brilla, alzándose, el argentino sol y la estrella chilena se levanta...

El poema de Darío apenas era una advertencia:

¡Tened cuidado!

El poema de Neruda es ya más duro porque responde a una amenaza: si Norteamérica arma sus huestes para destruir la música y el orden que amamos,

SALDREMOS de las piedras y del aire
para morderte:
saldremos de la última ventana
para volcarte fuego:
saldremos de las olas más profundas
para clavarte con espinas:
saldremos del surco para que la semilla
golpee como un puño colombiano,
saldremos para negarte el pan y el agua,
saldremos para quemarte en el infierno.

Antes de mostrar el puño cerrado, Neruda abre la mano en actitud amiga y deja caer una flor de fraternidad panamericana: "Al oeste de Colorado River hay un sitio que amo", dice, y recuerda el olor de acero de los bosques de Arizona y Wisconsin, Milwaukee "levantada contra el viento y la nieve", los pantanos de West Palm y los pinares de Tacoma.

Canta la luna de Manhattan, “la cuchara de hierro que come tierra” y el pequeño hogar del *farmer*, la luz, los mecanismos y la energía del Oeste, “el gigante muchacho en el tractor”, todo eso que es fuerza y agricultura, poder levantado por los hombres. Pero la preocupación de Neruda es intensa y sombría, porque enumera cantando los oprobios y abusos de la influencia en otros territorios. Las penetraciones financieras, los monopolios industriales “a-pólides”, la violencia a la libertad, son algunas de las formas negativas de esa fuerza imperial. Habría que estar ciego y sordo para no sentir que estas páginas del *Canto general* fueron escritas hace treinta años, hace treinta meses, hace quince días, anoche, ahora mismo, escritas por un poeta muerto pero vivo, escritas para nuestra vigilancia y acaso, si alguna vez lo merecemos, para nuestra esperanza. “Que nada de esto pase”, dice el poeta. “Que despierte el leñador. Que venga Abraham con su hacha y con su plato de madera a comer con los campesinos”. Y luego, finalmente, la famosa oración por la paz:

PAZ para los crepúsculos que vienen,
 paz para el puente, paz para el vino...
 y con toda la humanidad de la vida,
 paz para la camisa de mi hermano,

...

paz para mi mano derecha
 que sólo quiere escribir Rosario.

Se puede decir que desde los *Poemas solariegos* de Leopoldo Lugones, y más precisamente, desde la noble *Oda a los ganados y las mieses* del gran argentino, no se había cantado a una patria con tal majestad y vehemencia. Métodos distintos rigen esas obras, que corresponden a visiones del mundo de períodos diferentes, pero la intención poética se dirige al mismo fin. Ambos poemas son expresiones de la misma voluntad estética de sublimar el sentimiento originario de gratitud respecto a la propia tierra, la parte del mundo donde se ha nacido. De esta manera, cuando Pablo Neruda manifiesta su amor al suelo nativo, diciendo

... no puedo
 dormir sin tu mirada de cristal y tiniebla.

...

Me llamas dulcemente como una novia pobre,

está re-escribiendo las palabras con que Lugones finalizó su oda inmortal

¡Feliz quien como yo ha bebido patria
en la miel de su selva y de su roca!

No es todo solamente vida de la tierra en nuestro poeta. Hay una constante y transversal preocupación por el más allá, aunque escondida y vergonzante. Notemos que dice respecto de la muerte aludiendo al motor inmóvil:

ALLÁ voy, allá voy, piedras, esperen!
Alguna vez o voz o tiempo
podemos estar juntos o ser juntos,
vivir, morir en ese gran silencio
de la dureza, madre del fulgor:
Alguna vez corriendo
por fuego de volcán o uva del río
o propaganda fiel de la frescura
o caminata inmóvil en la nieve
o polvo derribado en las provincias
de los desiertos, polvareda
de metales,
o aún más lejos, polar; patria de piedra,
zafiro helado,
antártica,
en este punto o puerto o parto o muerte
piedra seremos, noche sin banderas,
amor inmóvil, fulgor infinito,
luz de la eternidad, fuego enterrado,
orgullo condenado a su energía,
única estrella que nos pertenece (*Las piedras del cielo*, 30).

Aunque fue siempre leal al partido comunista, y por esa lealtad llegó en ciertos períodos a cometer graves errores como cantar a Stalin y a defender posiciones ideológicas que le impedían ver la otra cara de la realidad en los tiempos de la guerra fría, en su vejez un espíritu crítico se fue abriendo en él respecto a lo que estaba ocurriendo en el comunismo con tantas promesas no mantenidas (naturalmente los comunistas no son los únicos, ni mucho menos, que no cumplen la palabra empeñada, pero ellos también...). Esta especie de desilusión se transparentaba en una actitud más tolerante y en una poesía cada vez más radicada en las cosas, llena de comprensión y celebración de los seres de este mundo. Quien canta con canto sublime la creación con su vértice que es el ser humano y además se juega por la justicia que es la virtud social por excelencia,

queremos creer y esperar que tal no puede estar lejos del Creador. Tal vez develar esa particular presencia en la que “vivimos, nos movemos y somos” es descubrir que “el camino se hace al andar” y que ella sola nos hace avanzar, en contra o a pesar o por encima de los caminos trillados de las ideologías de izquierda o derecha que fueren. Ese es el eterno mensaje del “padre blanco”, Fray Bartolomé de las Casas, con su “pan de dulzura”, que Neruda tanto supo admirar y celebrar.

Juan Pablo II, en nuestros días, en su primer poema del *Tríptico romano*, “Arroyo”, nos urge al arduo camino de resalir un arroyo de montaña – el misterio de la vida – hasta su fuente inefable y divina, escondida con esmero:

LA bahía del bosque baja
al ritmo de arroyos de montaña...
Si quieres la fuente encontrar,
tienes que ir arriba, contra la corriente.
Empéñate, busca, no cedas,
sabes que ella tiene que estar aquí –
¿Dónde estás fuente? ¡¿Dónde estás fuente?!

El silencio...
¡Arroyo, arroyo del bosque,
déjame ver el misterio
de tu principio!

(El silencio - ¿por qué callas?
Con qué esmero has escondido el misterio
de tu principio.)

Déjame mojar mis labios
En el agua de la fuente
Sentir la frescura,
La frescura vivificante.

Toda nuestra historia personal y el sufrido camino del ser humano bien pueden cifrarse en esta bella metáfora papal de resalir el arroyo de la vida. No todos lo saben ni lo quieren hacer ya que es ir hacia arriba, contra corriente, una lucha de gigantes, porque con esmero la creación ha escondido el misterio de su principio. Sin embargo, estamos llamados a realizar esta empresa ardua. Ahora, para hacerlo con éxito debemos partir desde el único horizonte natural dado, que son las creaturas y particularmente su corona, el hombre y la mujer. Por eso ya es tanto querer

comprenderlas, amarlas y vivir en justicia con ellas. Esta es la gran lección de Neruda para nosotros, hoy. Recomendemos desde las creaturas. Recomendemos desde “los lírios del campo y los pájaros del cielo.” Recomendemos desde el hombre y la justicia. Recomendemos de la poesía catártica. ¡Muchas gracias!

Imprimido por la
Pontificia Academia de las Ciencias
en Ciudad del Vaticano, el 12 de julio del 2004

LA bahía del bosque baja
al ritmo de arroyos de montaña...
Si quieres la fuente encontrar,
tienes que ir arriba, contra la corriente.
Empéñate, busca, no cedas,
sabes que ella tiene que estar aquí –
¿Dónde estás fuente? ¡¿Dónde estás fuente?!

El silencio...
¡Arroyo, arroyo del bosque,
déjame ver el misterio
de tu principio!
(El silencio - ¿por qué callas?
Con qué esmero has escondido el misterio
de tu principio.)

Déjame mojar mis labios
En el agua de la fuente
Sentir la frescura,
La frescura vivificante.

(Juan Pablo II, *Tríptico romano*, 'Arroyo', 2)

